

Comunicación y Cognición en los Modelos Sociogenéticos: El Aporte de Mijaíl Bajtín

Communication and Cognition in Sociogenetic Models: The Contribution of Mikhail Bakhtin

Adriana Silvestri
Universidad de Buenos Aires

El aporte teórico realizado desde las ciencias del lenguaje por Mijaíl Bajtín ha resultado muy productivo para el enfoque sociogenético de la mente, debido a que ambas propuestas otorgan a las interacciones comunicativas un papel fundamental en la constitución del psiquismo humano. En este artículo se propone que la contribución bajtiniana puede ser también consistente con los modelos cognitivos de procesamiento de información. Con el objetivo de establecer un vínculo entre estos modelos y el enfoque sociogenético, se analiza la concepción de *conciencia* propuesta por ambos, utilizando como eje las propuestas de Bajtín sobre las formas de organización de la conciencia en relación con las formas históricas y sociales del discurso. El concepto fundamental que aquí se analiza para realizar esta articulación es el de *género discursivo*, el que abre la posibilidad de encarar la relación entre comunicación y cognición tanto en el plano de la comunicación social como de los procesos mentales.

The theoretical contribution of Mikhail Bakhtin from the field of language sciences has been very productive for the sociocultural approach to mind, since both proposals give a fundamental role to communicative interactions in the constitution of the human psyche. It is proposed here that bakhtinian contribution can also be consistent with cognitive models based on information processing. With the purpose of establishing a link between these models and the sociocultural approach, the concept of *consciousness* is analyzed, using as axis Bakhtin's proposals on types of consciousness organization in relation to sociohistorical forms of discourse. In order to perform this articulation, the fundamental concept analysed here is *discourse gender*, which allows facing the communication/cognition relationship at the social-communicative level as well as at the mental processing level.

La relación entre comunicación y cognición ha sido objeto de debate en psicología, en especial acerca de la prioridad de una u otra en el desarrollo, pero también en el funcionamiento de la mente adulta. La multiplicidad de paradigmas que se observa actualmente tanto en psicología como en lingüística proporciona a este problema respuestas variadas y a menudo polémicas. El objetivo de este artículo es introducir un aporte teórico proveniente de las ciencias del lenguaje, consistente con las propuestas psicológicas socioculturales, pero productivo asimismo para otros modelos.

El Enfoque Sociogenético de las Funciones Mentales

La figura que sentó las bases teóricas de este enfoque fue Lev S. Vigotsky (1896-1934), quien

concibió, en las primeras décadas del siglo, un modelo semiótico del psiquismo. Según esta perspectiva las funciones psicológicas específicas del hombre se encuentran mediatizadas por herramientas y signos, especialmente los del lenguaje.

La forma de representación característica del ser humano se realiza por medio de símbolos, es decir, signos que permiten la representación en ausencia del objeto. Al internalizarse, los símbolos –instrumentos en las relaciones intersubjetivas– se convierten en instrumentos de la relación del sujeto consigo mismo: autodirigen y regulan la conducta y los procesos mentales. La conciencia, por lo tanto, no preexiste al lenguaje, sino que es generada por él como construcción semiótica (Vigotsky, 1978, 1983).

Al mismo tiempo, herramientas y símbolos no surgen de la relación entre un sujeto aislado y su medio ambiente, sino que son productos sociales, generados por la cultura y la historia. De esta manera, los símbolos –en tanto construyen la conciencia y modelan los procesos mentales en una forma di-

Adriana Silvestri, Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras.

La correspondencia relativa a este artículo deberá ser dirigida a la autora, 25 de Mayo 221, (1002), Buenos Aires, Argentina.
Fono: 4334-7512. E-mail: adrianasilvestri@ciudad.com.ar

ferencial propia del humano— hacen de esta conciencia también un producto de la historia y la cultura.

Como concepción semiótica del psiquismo, este modelo implicó, desde sus primeras formulaciones, una confluencia privilegiada con las ciencias del lenguaje. Una vez establecida como premisa fundamental del enfoque sociogenético el hecho de que la actividad humana —práctica o mental— se encuentre semióticamente mediada, son las ciencias del lenguaje las que pueden precisar en qué aspectos y con qué recursos funciona la mediación semiótica.

Una de las figuras más relevantes en las ciencias del lenguaje del siglo XX, cuyas concepciones revelaron ser muy productivas para un enfoque sociogenético, fue Mijaíl Bajtín (1895-1975). Su perspectiva se considera congruente con este enfoque, ya que coincide con los planteos centrales de Vigotsky acerca de la construcción semiótica de la conciencia y del proceso según el cual las formas de comunicación se convierten en formas de representación mental. Bajtín, por su parte, consideraba ineludible para una teoría del lenguaje tener en cuenta los procesos psicológicos que se encuentran en su base y dedicó, entonces, una extensa parte de su obra a analizar las relaciones entre el lenguaje y la mente.

Los Modelos de Procesamiento de Información

La congruencia con los modelos sociogenéticos ha sido identificada frecuentemente (Silvestri, 1994; Wertsch, 1991), debido a la identidad de planteos filosóficos y epistemológicos que se encuentran en la base de estas propuestas. Sin embargo, hoy en día puede advertirse también que la propuesta bajtiniana resulta productiva para modelos psicológicos que inicialmente fueron considerados como una alternativa muy distante del enfoque sociocultural de la mente: los modelos cognitivos de procesamiento de información.

En la base de la incompatibilidad inicial se encontraba —como señala Rivière (1987)— una concepción diferente del sujeto de la cognición. Para un enfoque computacional, el sujeto humano equivale a un sistema aislado de procesamiento de información, abstracto e independiente de lo social. Las entidades mentales, estados, procesos y disposiciones de este sujeto tienden a ser universales, sin revelar dependencia alguna de factores socioculturales. En las primeras etapas de la formulación teórica y la investigación, esta

perspectiva no incluyó entre sus objetos de estudio el aprendizaje, que se encuentra en estrecha relación con esta clase de factores.

Por otra parte, los modelos sociogenéticos consideran a la mente como una construcción social, producto de la mediación de herramientas y sistemas de símbolos. Desde la propuesta inicial de Vigotsky, además, se plantea la imposibilidad de describir procesos psicológicos sin adoptar un enfoque que rinda cuenta de su constitución a lo largo del desarrollo (Vigotsky, 1983).

La conciliación entre ambos enfoques parecería imposible. Sin embargo, en el desarrollo de la investigación en la última década se observa un comienzo de productiva confluencia.

Desde los modelos de procesamiento de información, la aproximación hacia los modelos sociogenéticos se genera a partir de la necesidad cada vez mayor de incorporar elementos pertinentes del contexto para explicar adecuadamente los procesos cognitivos (Kintsch, 1998). Universalistas en un comienzo, los investigadores relativizaron paulatinamente sus propuestas a medida que sus hallazgos revelaban la incidencia de factores de orden sociocultural, en especial en relación con la ampliación de su objeto de estudio hacia los procesos de aprendizaje.

Los investigadores sociogenetistas, a su vez, encontraron que la descripción computacional de la mente resulta, en algunos aspectos, compatible con su perspectiva. Wertsch (1999) advierte que los modelos cognitivos conexionistas ofrecen una descripción y análisis de los procesos psíquicos afines con las propuestas socioculturales sobre la centralidad de la mediación semiótica.

El contexto de aparición del enfoque psicológico computacional incluyó el estudio del lenguaje desde el inicio, no como una aplicación posterior del modelo sino como parte crucial de su justificación (Gleitman & Liberman, 1995). Este lugar privilegiado se observa también en los enfoques sociogenéticos, en tanto se trata de modelos semióticos del psiquismo humano. De modo que ambos conceden una atención especial a los desarrollos provenientes de las ciencias del lenguaje y proporcionan, a su vez, evidencia sobre la validez psicológica de diversas propuestas lingüísticas.

La Conciencia Semiótica

Las concepciones sobre el psiquismo específicamente humano, aún provenientes de distintos modelos, coinciden en la atención otorgada al concep-

to de *conciencia*, objeto de reflexión incluso anterior al nacimiento de la psicología como ciencia. Desde sus respectivos campos disciplinares, tanto Vigotsky como Bajtín fueron teóricos de la conciencia.

Por su parte, la psicología cognitiva sostiene la definición clásica propuesta por William James (en Sebastián, 1994): información consciente es aquella que es procesada por la memoria de trabajo o inmediata, es decir, la que se encuentra –básicamente– en el foco de atención del sujeto. Las vívidas descripciones psicológicas de Bajtín (1980), desarrolladas para plantear que no existe conciencia sin representaciones simbólicas, coinciden con esta definición. Sin embargo debe observarse que, en un sentido más amplio, cuando Bajtín –al igual que Vigotsky– se refiere a la conciencia en tanto construcción histórico-social, no tiene en cuenta exclusivamente la escasa cantidad de información que en un momento determinado es objeto de atención consciente, sino la extensa y compleja trama que –en términos cognitivos– se encuentra en la memoria de largo plazo, disponible para la conciencia. Esta información, que cuando no está activada no es consciente, puede activarse cuando la tarea comunicativa o cognitiva que se lleva a cabo lo demanda y es, por lo tanto, recuperable y forma parte de la conciencia.

También integra la conciencia otro nivel de procesos y representaciones que ocupan un lugar crucial en las teorías sociogenéticas, hoy denominado *metaconciencia*, en el que la propia conciencia (y la actividad consciente) del sujeto se vuelve objeto de conciencia. La posibilidad de disponer de procesos y representaciones metaconscientes está dada por el instrumento semiótico que mediatiza la actividad mental. El lenguaje, en efecto, es el único sistema semiótico que posee la propiedad de reflexividad, es decir, la capacidad de referirse a sí mismo, y otorga esta capacidad a la conciencia.

La Organización de la Conciencia

La conciencia –entendida en su acepción más amplia– se encuentra organizada, es decir, la información que la integra está vinculada en complejas redes asociativas. Como en una biblioteca, el hecho de que esté organizada es condición para la recuperabilidad de la información. A diferencia de una biblioteca, los criterios de organización son múltiples y flexibles, y pueden variar según el contexto de tarea.

Para Bajtín, estos criterios de organización que

permiten interconectar información responden a relaciones históricas y sociales (Bajtín, 1976), de modo que sujetos contemporáneos que pertenecen a un mismo grupo social tienden a asociar información con principios equivalentes. La estructura de la conciencia, entonces, está generada –en términos computacionales– por las condiciones de ingreso de la información, tanto histórico-culturales como personales.

El enfoque conexionista, por ejemplo, describe la actividad cognitiva de modo que pueda explicarse cómo los patrones de actividad de un organismo inteligente varían en función de la experiencia, del aprendizaje y la construcción del conocimiento (Belinchón, Rivière & Igoa, 1992). La mente es descrita como una red de unidades elementales o nodos interconectados, cada uno de los cuales tiene un grado de activación, de modo que los nodos activos excitan o inhiben a otros. La red, como un sistema dinámico, propaga activación entre los nodos hasta alcanzar un estado estable o patrón de conexiones modificado. La fuerza de asociación entre nodos, entonces, varía según las condiciones de aprendizaje, condiciones ineludiblemente relacionadas con factores de orden sociocultural: una asociación conceptual fuerte en determinados marcos culturales tiene mayores probabilidades de engendrar conexiones sólidas y estables en la mente.

Tanto la descripción bajtiniana como la computacional, compatibles en este punto, son aplicables a la información enciclopédica –el conocimiento general sobre el mundo– y a la episódica, que ingresa por experiencia personal. Así, las redes de conocimiento previo correspondientes a diversos dominios (los diferentes aspectos del mundo físico, biológico, social, cultural, etc.) suelen ser similares para quienes tuvieron experiencias de socialización semejantes.

Un ejemplo claro de este mecanismo puede observarse en las pruebas de asociación léxica de la psicología experimental clásica, reseñadas por Miller (1969), muchas de ellas anteriores en varias décadas a la formulación de estos modelos. La respuesta inmediata, de menor latencia, a la palabra-estímulo, indica una asociación fuerte en un dominio semántico-conceptual determinado. Los sujetos pertenecientes a la misma comunidad lingüística, incluso de distintos sexos, ocupaciones y niveles de educación, dan respuestas altamente similares. El 65%, por ejemplo, responde “luz” ante el estímulo “lámpara”. Son mucho menos frecuentes las asociaciones como “vela” (2.3%), “kerosene” (0.7%)

o “petróleo” (0.1%), que sin duda habrían revelado una fuerza de conexión mayor en otros contextos históricos. Cuanto más homogéneos son los antecedentes sociales, profesionales y familiares de los sujetos, más parecidas resultan sus asociaciones léxicas. Sin embargo, se observan en algunos sujetos respuestas únicas, tales como “peligros”, “estudiante” o “pararse”, cuya relación conceptual con la palabra estímulo no parece tan próxima como para justificar una asociación fuerte. En estos casos puede conjeturarse que hubo experiencias de carácter personal lo suficientemente significativas o asiduas como para generar tal vínculo en ese sujeto en particular.

La Heterogeneidad Estructural de la Conciencia

En tanto la trama simbólica de la conciencia depende de las condiciones de ingreso de la información, habrá zonas de la conciencia mejor estructuradas, con mayor riqueza de representaciones, fuerte y complejamente asociadas, y zonas peor estructuradas, con escasas representaciones de vínculo débil entre sí y con otras áreas conceptuales. Bajtín (1976) proporciona un claro ejemplo histórico: la representación de la homosexualidad en diversas culturas y épocas. En la Grecia antigua –desde los tiempos homéricos hasta los de Pericles– la homosexualidad no fue proscrita sino alentada y socialmente valorizada. El discurso sobre relaciones homosexuales –que ha llegado hasta nosotros en textos filosóficos, poéticos e históricos– circulaba libremente, en forma pública. La trayectoria sociogenética sigue el sentido desde lo interpersonal hacia lo intrapersonal, de modo que los sujetos miembros de aquella cultura, quienes tenían una alta probabilidad de participar socialmente en un discurso “externo” con información abundante y positiva, construyeran en forma “interna”, en su mente, una zona de conciencia con información explícita sobre el tema. Lo externo y lo interno, sin embargo, son metáforas engañosas para Bajtín, quien afirma que “ (...) ni siquiera puede plantearse una diferencia cualitativa entre lo interno y lo externo” (Bajtín, 1992, p.120), ya que la conciencia está conformada por el mismo material semiótico objetivo que vehiculiza la comunicación social.

Bajtín (1976) llamó *conciencia oficial* a estas zonas bien estructuradas, mientras que las que corresponden a un discurso social escaso, de circulación restringida y difícil acceso, son zonas *no ofi-*

ciales. Por ejemplo, un sujeto en la época victoriana generaría un discurso interior pobre sobre la homosexualidad, con poca cantidad de representaciones, asociadas además con conceptos condenatorios de orden moral, en consonancia con la información limitada y negativamente orientada a la que en esa época se tenía acceso. Tanto en el caso de los discursos oficiales como no oficiales, sin embargo, debe tenerse en cuenta que el lenguaje que da su trama a la conciencia lo hace llevando consigo una dimensión polémica, en la que se entrecruzan múltiples interpretaciones presentes en la interacción social, y no solo la orientación predominante (Bajtín, 1992).

Entre lo oficial y lo no oficial, por supuesto, se establece un continuum y no una separación tajante. También, incluso dentro de una misma sociedad, se generan en distintos subgrupos culturales discursos con igual referencia y con distinta orientación axiológica. Se establece, así, una enorme complejidad en las relaciones de distintos sujetos con la cultura oficial y no oficial. En algunos casos, lo no oficial no se presenta en la conciencia en forma fragmentaria y desarticulada, sino sólo acotado en sus situaciones de verbalización, es decir, inhibido en su exteriorización pero no en su forma de lenguaje interior.

Bajtín se interesó en especial en esta complejidad que se observa claramente en los momentos de quiebre y desplazamiento entre lo oficial y lo no oficial en la cultura y en la conciencia. En su obra sobre Rabelais (Bajtín, 1990) analiza la época en la que el discurso no oficial sobre el sexo y las funciones fisiológicas, clandestino durante la Edad Media y confinado al estrecho ámbito temporal de los días de carnaval, al pueblo llano y a la oralidad, comienza a oficializarse, a hacerse público, a ser asumido por miembros de la cultura oficial –como Rabelais, clérigo y médico– y a adoptar nuevas formas en las que se entrelaza creativamente con formas oficiales deudoras de la erudición clásica.

Esta propuesta de Bajtín sobre la heterogeneidad estructural de la conciencia simbólica tiene consecuencias *comunicativas* y *cognitivas* importantes. Desde el punto de vista comunicativo, una zona bien estructurada implica facilidad y fluidez en la expresión verbal. La producción verbal, en efecto, se encuentra facilitada cuando en todos los niveles lingüísticos (léxico, sintáctico, etc.) se dispone de representaciones abundantes, precisas y sólidamente establecidas en relación con la intención semántica y pragmática del sujeto (de Beaugrande, 1984).

Para los enfoques sociogenéticos, además, la

comunicación no se encuentra dissociada de la cognición. La “comunicación con uno mismo” que es la conciencia –según la definición de Vigotsky– se genera en la comunicación con el otro. Si la comunicación “externa” sobre determinada área conceptual o experiencial fue accesible, asidua, verbal y conceptualmente rica, la comunicación “interna” será igualmente fluida, es decir, el sujeto tiene mayores probabilidades de comprender y de pensar esa área del conocimiento, tanto enciclopédico como personal.

Bruss (1976) considera que pueden identificarse las formas no oficiales de la conciencia con el inconsciente freudiano, en tanto se trata de representaciones poco y mal articuladas, de difícil comprensión y verbalización para el sujeto. Sin embargo, más allá de las diferencias entre concepciones sobre la génesis de estas formaciones psíquicas, la dificultad de acceso a las zonas no oficiales de la conciencia no radica solamente en operaciones de censura “interna” (equivalentes a censuras “externas” a nivel social). Estas zonas se encuentran cognitivamente y comunicativamente poco disponibles para el sujeto porque –aunque conscientes– están deficientemente configuradas, con escasez de representaciones y vínculos asociativos débiles a los que resulta difícil encontrarles coherencia.

Desde un punto de vista cognitivo, esta situación se explica porque la disponibilidad de una representación está relacionada con la cantidad de vínculos que establece con otras, y con la fuerza de estas asociaciones (Van den Broek, Risdén, Fletcher & Thurlow, 1996). En el procesamiento del lenguaje –tanto oral como escrito– un concepto que ha recibido una cantidad significativa de atención y que se ha activado en concurrencia con múltiples conceptos tiene mayor probabilidad de ser recuperado y de activar conjuntamente con él la red de nodos asociados, siguiendo la vía de las relaciones más fuertes.

Para Bajtín, una zona –conceptual o episódica– de representaciones mentales difusas y mal articuladas responde a deficiencias en interacciones comunicativas externas en esa misma área semántico-conceptual. O sea, en el discurso social procesado por el sujeto no se observaron patrones frecuentes de activación preferencial y riqueza relacional que configuraran una red estable de nodos fuertemente vinculados. Incluso en el campo de la experiencia emocional se verifica esta situación, ya que “no es la vivencia la que organiza la expresión, sino por el contrario, es la expresión la que organiza la vivien-

cia, le da por primera vez una forma y una determinación del sentido” (Bajtín, 1992, p. 120). La expresión organizadora, por su parte, se genera como un producto social por medio de recursos interactivos.

En su propuesta sobre la conciencia oficial y no oficial, Bajtín (1976, 1990) analizó más pormenorizadamente cómo se construyen en el sujeto a escala histórica. Sin embargo, esta descripción también contempla la incidencia de la situación social particular del individuo. Así, pueden tenerse en cuenta casos en los que la diferencia de calidad y cantidad representacional entre zonas de la conciencia no se debe al grado de oficialidad que muestra el discurso social, sino al diferente acceso que tienen los miembros de una misma cultura incluso a los discursos oficiales.

En algunos casos la diferencia de acceso se debe a opciones personales, como es el caso de la elección profesional que genera, obviamente, dominio de los géneros discursivos propios de esa área de la práctica humana y no necesariamente de otra. Un médico, por ejemplo, domina la terminología y las formas expositivas específicas de esa zona del conocimiento, es decir, su “zona médica” de la conciencia tiene abundantes representaciones, fuertemente interconectadas entre sí y con otros dominios disciplinares, lo que le permite comunicarse con fluidez cuando debe emplear discurso médico y, a la vez, comprender y pensar problemas médicos disponiendo de una red asociativa rica y compleja. No necesariamente tendrá el mismo dominio cognitivo-comunicativo de otras zonas conceptuales, como la historia o la literatura.

En otros casos la diferencia no está motivada por la elección del sujeto, sino por situaciones sociales objetivas que dificultan el acceso de un segmento de la población a determinadas formas del discurso, aunque no se encuentren socialmente censurados. Piénsese, por ejemplo, en las posibilidades de los miembros de las clases más desfavorecidas para acceder a la escolarización y, con ella, introducirse en el discurso científico, artístico o literario. Esta exclusión genera auténticas “zonas no oficiales” en la conciencia de estos sujetos.

La clave para el estudio objetivo de la conciencia se encuentra, entonces, para los enfoques socio-genéticos, en el análisis del discurso social, tanto a escala histórica como en la interacción social inmediata. Ha sido uno de los méritos de Bajtín, reconocido como precursor en este punto, plantear a nivel teórico una perspectiva que permitiera abordar este

estudio en forma rigurosa, ya que la heterogeneidad y la multiplicidad de variables que inciden en el discurso a nivel social parecen volverlo inabarcable.

Los Géneros Discursivos

Los conceptos cruciales que Bajtín introduce son los de *enunciado*, como unidad de la comunicación verbal, y de *género discursivo*, como forma estable de enunciados que corresponde a una práctica social. El principio clasificatorio por el que opta, entonces, para introducir orden en el multiforme universo del discurso, es la praxis como actividad material consciente y objetiva encaminada a modificar en algún aspecto la realidad. El hecho de que Bajtín enfatice el papel del lenguaje en la construcción de la conciencia no implica la reducción de las relaciones sociales –fuente de esta construcción– al discurso: se trata de relaciones materiales que no consisten sólo en discurso, aunque el discurso sea la forma en que se piensa en ellas y se habla sobre ellas.

El lenguaje se emplea en ámbitos diversos y con funciones múltiples. Los enunciados que se integran a una esfera de actividad determinada – la educación, la justicia, la ciencia, etc. – adoptan recursos y procedimientos comunes, que conforman un tipo de enunciado relativamente estable: los géneros discursivos. La estabilidad formal del género introduce regularidad en la comunicación, con un nivel de obligatoriedad para el enunciadador semejante al de las reglas gramaticales (Bajtín, 1982).

Por ejemplo, los géneros científicos son rigurosos en el nivel léxico, adoptan una terminología propia de significado preciso y consensuado por esa comunidad, evitan la ambigüedad a nivel léxico, sintáctico o referencial, su organización textual desarrolla un orden lógico, etc. Estas características no son arbitrarias, sino que permiten desempeñar las funciones comunicativas y cognitivas requeridas por la praxis científica. En otros géneros, en cambio, como los literarios, la búsqueda de significaciones abiertas a la interpretación múltiple o la ambigüedad de una frase pueden ser recursos deliberados del enunciadador para lograr determinados efectos de sentido. Estos procedimientos, lícitos en esta área discursiva, causarían problemas de comprensión –basados en una conceptualización deficiente o imprecisa– si se los empleara, por ejemplo, en un texto de química.

Bajtín (1982) se refiere a las consecuencias que tiene a nivel comunicativo la falta de dominio de un

género requerido por una actividad, tomando como ejemplo el caso imaginario de un académico –hábil expositor en su campo de estudios– que fracasa cuando intenta participar en una conversación de salón y, por lo tanto, se vuelve ineficaz para establecer el tipo de vínculos que se generan en las prácticas sociales informales. Incluso la aparente libertad del diálogo espontáneo debe someterse a recursos específicos de un género.

Pero no sólo la comunicación resulta afectada por la falta de dominio genérico. Como señalamos, para esta perspectiva son las formas de representación para el otro las que se convierten en formas de representación para uno mismo y, por lo tanto el aprendizaje de géneros diversos en la interacción comunicativa genera una suerte de “conciencia genérica” que opera a nivel cognitivo. El género, entonces, aparece como un auténtico instrumento psicológico cuyo dominio –en la comprensión y la producción discursiva– permite desempeñar las funciones cognitivas y comunicativas que una actividad determinada exige (Wertsch, 1991).

El aprendizaje de las ciencias en ámbito escolar, por ejemplo, no es una tarea exclusivamente conceptual, sino también discursiva, tanto en el acceso inicial en los primeros años de la escolaridad como durante la formación superior. Las diversas disciplinas –ciencias sociales, físico-matemáticas, humanidades, etc. – han desarrollado un repertorio propio de géneros que el alumno debe dominar si quiere acceder a sus conceptos específicos. Este planteo implica la historicidad de las herramientas de mediación: los géneros discursivos son productos histórico-culturales que nacen, se desarrollan y cambian en función de nuevas y distintas formas de comunicación y conocimiento.

Desde el punto de vista del individuo, estas herramientas genéricas funcionan como formas discursivas que deben ser aprendidas para poder desarrollar con eficacia el tipo de pensamiento característico de una praxis determinada. Las diversas modalidades del pensamiento, que corresponden a distintas clases de objetos de conocimiento y a modos característicos de organizar las operaciones mentales, se encuentran relacionadas con una variedad de géneros que ejercen funciones cognitivas y comunicativas específicas (Silvestri, 2000).

Por ejemplo, las matemáticas disponen de géneros como la demostración, que tiene exigencias terminológicas rigurosas y requiere una organización que responde a la secuencia de un razonamiento ex-

plícito. La falta de dominio del género o el uso de recursos de un género inadecuado para ese fin, como el lenguaje coloquial de la conversación informal, aseguran que ese estudiante no sólo no sabe comunicar adecuadamente conceptos matemáticos, sino que no los ha comprendido. Como puede advertirse en este ejemplo, no son sólo conceptos y proposiciones lo que se adquiere por medio del instrumento discursivo, sino también operaciones vehiculizadas por recursos sintáctico-composicionales, tales como la secuencia de un razonamiento lógico.

En efecto, los géneros –además de requisitos léxico-sintácticos y enunciativos– se caracterizan por el empleo de un estilo determinado, por la elección temática y por la estructura composicional (Bajtín, 1982). La alta frecuentación de un género –el ensayo histórico, por caso– en la práctica comunicativa de un individuo tendrá como consecuencia la construcción de una “zona oficial genérica” en su conciencia, integrada no sólo por complejas redes asociativas de conceptos históricos, sino también por criterios de establecimiento de relaciones, ya que el género es el que “enseña” qué tipo de vínculo resulta lícito para pensar los contenidos de las ciencias sociales y cómo se jerarquiza y organiza la información en esta área.

Bajtín es considerado en el campo de las ciencias del lenguaje un precursor que planteó muy tempranamente problemas básicos de los cuales se ocuparían –décadas más tarde– el análisis del discurso y la lingüística textual. Su aporte fue fundamentalmente un punto de partida teórico, ya que no desarrolló en detalle los recursos y procedimientos de la mediación semiótica genérica que luego especificarían otros representantes de esta perspectiva.

Conclusión

Los investigadores sociogenetistas desarrollaron su trabajo preferentemente –pero no en forma exclusiva– en un plano de análisis interpersonal, analizando interacciones sociales que tienen efectos cognitivos ineludibles. En esta tarea, el enfoque bajtiniano proporcionó un instrumento conceptual muy productivo. Los modelos de procesamiento de información, a su vez, centran su análisis en el plano intrapersonal y apelan, habitualmente, a otras fuentes lingüísticas. Entre las distintas vertientes de estos modelos, las que consideran que las variables sociales generan diferencias en el procesamiento muestran puntos de compatibilidad con los enfoques

sociogenéticos. La coincidencia en aceptar que la descripción del instrumento mediacional debe formar parte del sistema cognitivo (Kintsch, 1998) permite incorporar productivamente las propuestas de Bajtín, una figura que abrió la posibilidad de encarar un análisis riguroso de la relación entre la sociedad, el lenguaje y la mente.

Referencias

- Bajtín, M. (1976). *Freudianism. A Marxist critique*. Nueva York: Academic Press.
- Bajtín, M. (1980). *Il linguaggio como pratica sociale*. Bari: Dedalo.
- Bajtín, M. (1990). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.
- Bajtín, M. (1992). *Marxismo y filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- Bajtín, M. (1982). El problema de los géneros discursivos. En M. Bajtín (Ed.), *Estética de la creación verbal* (pp. 248-293). México: Siglo XXI.
- Belinchón, M., Rivière, A. & Igoa, J. M. (1992). *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*. Madrid: Trotta.
- Bruss, N. (1976). Preface. En M. Bajtín (Ed.), *Freudianism. A Marxist critique*. Nueva York: Academic Press.
- De Beaugrande, R. (1984). *Text production. Toward a science of composition*. Norwood, N J: Ablex.
- Gleitman, L. & Liberman, M. (Comp.). (1995). *Language. An invitation to cognitive science*. Cambridge, MA: M.I.T. Press.
- Kintsch, W. (1998). *Comprehension. A paradigm for cognition*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Miller, G. (1969). *Lenguaje y comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rivière, A. (1987). *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Sebastián, M. (1994). *Aprendizaje y memoria a lo largo de la historia*. Madrid: Visor.
- Silvestri, A. (1994). Teoría del enunciado y concepción socio-cultural del psiquismo. En A. Rosa & J. Valsiner (Comps.), *Explorations in socio-cultural studies. Historical and theoretical discourse* (pp. 213-221). Madrid: Infancia y Aprendizaje.
- Silvestri, A. (2000). Los géneros discursivos y el desarrollo del pensamiento. En S. Dubrovsky (Comp.), *Vigotski. Su proyección en el pensamiento actual* (pp. 87-95). Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Van den Broek, P., Risdén, K., Fletcher, C. & Thurlow, R. (1996). A “landscape” view of reading: Fluctuating patterns of activation and the construction of a stable memory representation. En Britton & A. Graesser (Comp.), *Models of understanding text* (pp. 165-188). Mahwah, N J: Lawrence Erlbaum.
- Vigotsky, L. (1978). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.
- Vigotsky, L. (1983). *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Wertsch, J. (1991). *Voices of the mind. A sociocultural approach to mediated action*. Cambridge, MA: Harvard U.Press.
- Wertsch, J. (1999). *La mente en acción*. Buenos Aires: Aique.

